

EL FARO

Dicen que fueron cinco mujeres de Zaragoza quienes, sin previo aviso, levantaron un día aquel imponente faro a franjas blancas y violetas. Ninguna de ellas era ingeniera o arquitecta mas todas ellas sabían de reconstruir. Las cinco habían conseguido volver a levantar su vida desde cero, tras la profunda agonía que les dejó la violencia de quienes un día aseguraron amarlas. No se conocían pero se sintieron unidas por esa desgarradora herida y por la necesidad de hacer algo que encendiera el mundo.

Por alguna razón, eligieron el Desierto de los Monegros. Allí no había mar pero sí mucha oscuridad. No querían una luz que guiara barcos sino que alumbrara el camino de todas aquellas mujeres que, como ellas, un día fueron silenciadas por la violencia.

Lo alzaron en medio del desierto, donde el cierzo apenas oponía resistencia y parecía susurrar el nombre de todas las que alguna vez padecieron. Cuando encendieron el foco por primera vez, no solo ellas respiraron aliviadas: también el horizonte pareció sumarse a su acompasada y al fin relajada respiración.

Al principio, acudían solas y en silencio, cada día, a plantar una nueva rosa alrededor del faro; pero pronto comenzaron a llegar de otras ciudades, de otros países. De otras heridas. Cada mujer que por allí pasaba dejaba su inconfundible huella sobre la vasta tierra, respiraba el aire puro que por primera vez en años la envolvía y sumaba una nueva flor al cada vez más abundante jardín que transformaba por completo el paisaje.

Por las noches, ese faro sigue permaneciendo encendido. No busca barcos: busca miradas dispuestas a ver, oídos dispuestos a escuchar. Y aunque esa luz no pertenezca a nadie solo existe para recordar que ninguna historia debería apagarse a golpes, que ninguna historia debería ser callada por el miedo.

RODRIGO MORÁN CALVO

Zaragoza